

para la suerte de la economía y la sociedad española. Se ha repetido, por ejemplo, la creación en las dos ocasiones de una campaña previa de opinión con objeto de ganar adhesiones al plan de reforma que después se formulará, haciendo hincapié en la necesidad de proceder con urgencia frente a una situación económica en rápido proceso de deterioro; recordándose también alguna destacable coincidencia personal (quien fuera director del Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio en 1959, ocupa la vicepresidencia para asuntos económicos en el Gobierno que se forma en julio de 1977).

Pero la comparación de ambos hitos en la reciente historia española da más juego interpretativo si la búsqueda de parecidos y diferencias se centra en la significación última de cada uno de esos acontecimientos. Veámoslo. De la misma forma que del plan de estabilización y liberalización de 1959 se ha dicho con agudeza que su importancia radicó finalmente no tanto en lo que hizo, sino en lo que dejó de hacer —aludiéndose con ello a los obstáculos del viejo proteccionismo que eliminó y a las ataduras que desató del rígido intervencionismo, hasta entonces prevaleciente—, de los Pactos de la Moncloa bien podría afirmarse que su mayor sentido no se encuentra tampoco en lo que consiguieron que se hiciera por su propio impulso, cuanto en señalar lo que debía hacerse, incluyendo en su texto todo un inventario de objetivos a perseguir y de medidas a adoptar en una economía enfrentada obligadamente a ajustar sus posibilidades a las modificadas condiciones del mercado internacional. (No se olvide, por lo demás, que quizá las dos iniciativas más trascendentes adoptadas por aquel segundo Gobierno del presidente Suárez, la definitiva solicitud de adhesión de España a la Comunidad Europea y los primeros pasos de la reforma fiscal, se anticipan a la firma de los pactos; y que la política de ajuste tendrá que esperar al bienio 1983-1984 para ser aplicada con rigor).

También del plan de estabilización de 1959 se dijo, en expresión coloquial pero muy certera, que supuso un compromiso entre los deseos y las exigencias que imponía la industrialización de la economía española, una vez alcanzado un determinado grado de desarrollo; planteamiento este que, trasladado a 1977, puede hacerse en términos equivalentes, aunque referidos al régimen de libertades que entonces se estaba abriendo paso: los Pactos de la Moncloa sellaron algo así como un compromiso entre el anhelo mayoritario en la sociedad española por la democracia y las exigencias que ello imponía en el flanco de la política y las reformas económicas.

Y así como el legado de mayor alcance de la operación de 1959 fue no tanto lo que tuvo de estabilización como lo

que aportó de liberalización de la economía española, probablemente la aportación más trascendente de los Pactos de la Moncloa no estuvo tanto en las propias medidas de ajuste y reordenación que real-mente adoptó (escasas porque faltó vigor y continuidad en las distintas combinaciones ministeriales que se sucedieron en el lustro siguiente al cónclave monclovita), cuanto en el clima de negociación, de "consenso", de trabajosos pero posibles acuerdos entre interlocutores políticos y entre agentes sociales que introdujo en la escena española.

UN PASAJE LUMINOSO... IRREPETIBLE. Desde la óptica que acaba de sugerirse, se comprende mejor lo que los Pactos de la Moncloa tienen de página brillante de nuestro pasado cercano, pero también su condición singular y, por tanto, irrepetible. Sirvan de epílogo unas pocas líneas más para subrayarlo.

En cierto sentido, no es gratuito pensar que con dichos acuerdos se cierra definitivamente el corte trágico que en la convivencia entre españoles fue la guerra civil, un incendio cuyas brasas tardaron en enfriarse decenios enteros. Quizá sólo, en efecto, con los Pactos de la Moncloa las dos Españas machadianas dejaron de retarse, imponiéndose el pragmatismo al radicalismo, la tolerancia a la intransigencia, el deseo del cambio a la mera inercia de la conservación. Un pasaje luminoso, pues, en la historia de nuestro tiempo.

Pero también, y por eso mismo que acaba de señalarse, irrepetible; es más, afortunadamente irrepetible, cabría decir, dado que los pactos de 1977 no dejaron de ser un expediente excepcional en una sociedad que arrastraba una larga división mal resuelta y que aún no disponía de los resortes ordinarios con que un régimen democrático se dota para afrontar los problemas y las dificultades que el curso de los hechos puede plantear. Afortunadamente irrepetible: hoy la sociedad española no sólo es ya más compleja que la de hace 20 años, sino que

su régimen democrático, a pesar de su aire cansino y de sus tempranas decepciones, ha echado firmes raíces y está lo suficientemente asentado como para no necesitar de expedientes extraordinarios, sean éstos —alejado para siempre el ruido de los espadones— Gobiernos nacionales o de concentración (como los presididos por Maura al final de la gran guerra) o pactos gestados fuera del Parlamento. Lo deseable y lo exigible en democracia es precisamente la rutina: que el Gobierno gobierne, y que la oposición ejerza como tal en todos los planos del sistema. □



Enrique Fuentes Quintana (en el centro), con Adolfo Suárez y José María López de Letona.



Tira de Peridis en la que se alude a la convocatoria del presidente Suárez para negociar los pactos.

Balada de otoño

MARUJA TORRES

"Aquí confunden la democracia con la orgía". Esta frase contundente no la pronunció un arzobispo *ancien régime* en homilía dominical, y tampoco se debe al ideario de Gonzalo Fernández de la Mora: lisa y escuetamente, fue lo que dijo el intenso Raphael cuando, en Albacete y en el transcurso de un recital encuadrado en los Festivales de España, un sector del público le arrojó tomates. Y es que parte del personal empezaba a mostrar su disconformidad con la forma en que venían usándose los dineros de todos. Quizá para compensar, el exquisito Jesús Aguirre, futuro duque consorte de Alba, fue nombrado director general de Música. Y el gran director de orquesta Leopoldo Stokovski murió por aquellos días, pero este hecho no debe leerse como consecuencia de nada de lo anterior: es que tenía 95 años.

Estaba el Gobierno de Suárez recién estrenado, y ya el PSOE, con Felipe González a la cabeza —de quien un periodista británico había dicho que era como Cliff Richards, ganador en Eurovisión con *Congratulations*, pero con más morritos—, pedía la dimisión del ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, después de que el diputado socialista Jaime Blanco fuera brutalmente golpeado en Santander por la policía. El pobre Blanco ignoraba que lo peor estaba por llegar, encarnado en el futuro por un tal Hormaechea. En el Parlamento, Alfonso Guerra llamaba a Martín Villa símbolo del franquismo, y con esta ruda disputa se daría por terminado el idilio UCD-PSOE a causa de lo que Manuel Vicent, genial cronista parlamentario de este periódico, definía como "la cola del alacrán". Es decir, los métodos de una policía a la que, más adelante, los ministros socialistas del Interior amarían tiernamente.



Maria Callas (izquierda), junto con Aristóteles Onassis, durante una de sus visitas de placer a Grecia.

Pero estamos aún en el otoño de 1977 y se estrena la película de la *pre-movida* y de la modernidad, *Tigres de papel*, de Fernando Colomo, que introduce en nuestras vidas la comedia ligera del tal como éramos y a la admirable Carmen Maura, especie de Diane Keaton en versión madrileña que pronto cuajaría en conmovedora actriz dramática. De paso, Sidney Pollack estrenaba su mejor película, una bellísima historia de amor y renuncia —así, como suena— llamada *Bobby Deerfield* y protagonizada por Al Pacino. A ver si, entre tanto *revival*, la reponen.

Esta profesión nuestra se vestía de luto y perdía a uno de los grandes al morir Francisco, *Cuco*, Cerecedo repentinamente en Bogotá, víctima de un aneurisma que le atacó mientras se encontraba con Felipe González y otros periodistas.

Y eso no era todo: un muerto y una docena de heridos era el balance del brutal atentado *ultra* perpetrado contra la redacción del semanario *El Pápus*. La bestia aún estaba viva y de vez en cuando salía a propinar crueles zarpazos.

De otro cariz resultó, evidentemente, el asalto que un grupo de feministas perpetraron a la redacción de *Interviú*, poniéndole un ojo a la virulencia a Luis Cantero, responsable de haber insertado en un matutino barcelonés un anuncio en el que se pedían —a cambio de 1.000 pesetas— mujeres que hubieran sido violadas, preferiblemente que como consecuencia hubieran resultado embarazadas, para hacer un reportaje.

Vicente Aleixandre fue premio Nobel de Literatura, y Amnistía Internacional, ídem de la Paz; Jorge Semprún recibía el Planeta del *aggiornamento* por su *Autobiografía de Federico Sánchez*, Elizabeth Taylor donaba sus célebres pupilas violetas al Banco Internacional de Ojos, y el gran *crooner* Bing Crosby pasaba a mejor vida de un infarto mientras jugaba al golf en La Moraleja.

En el mundo, los terroristas de la Baader-Meinhof empezaban a ser suicidados en las cárceles alemanas —aquello sí que estuvo bien hecho, y no las chapuzas de por acá, dirían algunos, años más tarde—, y un grupo de insurgentes llamados Frente de Liberación Sandinista empezaban a poner nervioso al dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

A todo esto, María Callas había fallecido en la soledad de su apartamento de París, a los 53 años, de un ataque al corazón. Nunca hubo otra como ella y nunca sabremos qué música la acompañó en el último momento. Quizá la del aria de la locura de *Lucia de Lammermoor*, que ella supo interpretar como nadie.

Próximo capítulo: *Euskadi: amnistía y vuelta a empezar*, por Patxo Unzueta. Artículos de Antonio Elorza y Jon Juaristi. Entrevista con Mario Onaindía, por Juan G. Ibáñez. *Suspiros de España*, por Maruja Torres.

Los acuerdos de la Moncloa abrieron la transición económica, caracterizada por los pactos sociales

El compromiso histórico español

JOAQUÍN ESTEFANÍA

En el mes de enero de 1976, Madrid es sacudido por un movimiento huelguístico sin precedentes, que pronto se extenderá al resto de España. Los efectos de la primera crisis del petróleo, que había llegado en el otoño de 1973, se empiezan a notar con dureza: descenso de los beneficios de las empresas, aumento del déficit externo, de la inflación y del paro, disminución en el crecimiento de la economía, frenazo de la inversión privada, etcétera. Mientras que los países de nuestro entorno geográfico hacía casi dos años que se habían apretado el cinturón para resistir la crisis, los últimos Gobiernos de Franco, en España, no habían tenido la voluntad política ni la fuerza necesaria para trasladar a los ciudadanos los sacrificios.

Cuatro militantes del Partido Comunista de España (PCE) —Víctor Díaz Cardiel, Juan Francisco Plá, Alfredo Tejero y Eugenio Triana— publican un libro (*Madrid en huelga. Enero 1976*) en el que describen su visión de lo ocurrido:

“Durante dos meses, Madrid ha sido el escenario de un movimiento huelguístico que ha afectado a prácticamente todas las ramas de la producción y a numerosos servicios públicos. La ciudad se ha quedado prácticamente sin taxis, sin metro, sin correspondencia. Las manifesta-

ciones se han sucedido en todos los puntos de la capital y de la periferia industrial. Durante semanas, decenas y miles de trabajadores se han venido reuniendo a diario en asambleas en las que discutían el curso de su acción... Decenas de conflictos estallaban y se apagaban sin que la huelga dejase de crecer. El sindicato oficial se veía desbordado con convocatorias lanzadas desde sus propios órganos comarcales y provinciales”.

Los autores del texto interpretan más adelante el sentido de la primera gran movilización tras la muerte de Franco: “... Hay que explicarla a la luz del cambio que ha producido en el clima político del país la muerte del general Franco. Porque la huelga de Madrid hay que considerarla en realidad como parte destacadísima del esfuerzo de la oposición democrática por plantear la ruptura frente a la intención continuista, evolucionista o reformista presentada por el Gobierno. Porque la

huelga ha sido tanto un acto reivindicativo como un acto político. Claro está que en su desencadenamiento y desarrollo han tenido importancia capital las reivindicaciones salariales de empresa y de rama, y la oposición general a los topes salariales”.

El economista José Víctor Sevilla, coautor de la reforma fiscal de 1977 y



Una de las reuniones de los Pactos de la Moncloa. De izquierda a derecha, Suárez, Abril Martorell, Fernández Ordóñez, Tamames y Carrillo.

La llave del Congreso

- El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, juega con la llave del dispositivo de votación electrónica del Congreso. Es octubre de 1977 y se acaban de firmar los Pactos de la Moncloa, convocados por Suárez.



Las dos Españas

- El 27 de octubre de 1977, Manuel Fraga presentó en la tribuna del Club Siglo XXI a un orador entonces inusitado: el líder del PCE, Santiago Carrillo, que había tenido una participación destacada en la guerra civil. Por fin las dos Españas dialogaban con respeto.

1977

- 1-IX. Turquía anuncia que no reconocerá al nuevo presidente de Chipre, Spyros Kiprianu.
- 15-IX. Se recrudecen las hostilidades en el ex Sáhara español. El Polisario anuncia que ha capturado a 152 soldados marroquíes y mauritanos.
- 18-X. La policía alemana libera en Mogadiscio (Somalia) a los 86 pasajeros de un avión capturado por terroristas que exigían la libertad de 11 miembros de la banda Baader-Meinhof.
- 18-X. Encuentran a tres miembros de la banda terrorista Baader-Meinhof muertos en la cárcel. Según la policía, Andreas Baader y Jan Carl Raspe se suicidaron a balazos, y Gudrun Enssli se ahorcó. Los presos estaban vigilados día y noche. La prensa europea habla de crimen de Estado.
- 19-X. El presidente de los empresarios alemanes, Hans Martin Schleyer, es asesinado por sus secuestradores Fracción del Ejército Rojo.
- 1-XI. Francia negará el asilo político a los exiliados vascos.
- 4-XI. La ONU aprueba el embargo de armas a Sudafrica por su política de segregación racial.
- 19-XI. Un ciclón causa 20.000 muertos en la región india de Andhra Pradesh.
- 19-XI. El presidente de Egipto, Anwar el Sadat, visita Israel.



Anwar el Sadat (a la derecha), presidente de Egipto, con el líder palestino, Yasser Arafat.

- 20-XI. Karamanlis, líder conservador griego, obtiene la mayoría absoluta en las elecciones generales.
- 4-XII. Bokassa se autocorona emperador del Imperio Centrafricano. La ceremonia costó un tercio del presupuesto del país.
- 7-XII. El Gobierno socialista de Portugal es derrotado en el Parlamento por una moción de censura.
- 12-XII. El presidente argentino, Jorge Videla, atribuye las desapariciones de personas al paso clandestino a las guerrillas y a la salida al extranjero de extremistas con nombre falso.

1977

- 2-IX. Comunicado de Frederic Rahola, representante de Tarradellas en España, anunciando un principio de acuerdo entre éste y el Gobierno.
- 11-IX. Millón y medio de personas celebran en Barcelona la Diada, la fiesta nacional de Cataluña.
- 6-IX. El etarra Miguel Ángel Apalategui abandona la cárcel después de 34 días de huelga de hambre.
- 8-IX. Violentos enfrentamientos en San Sebastián al intentar impedir un millar de radicales una manifestación proamnistía del PSOE y el PNV.
- 9-IX. El poeta Rafael Alberti dimite como diputado del PCE.
- 11-IX. El Gobierno sanciona a Rumasa por evasión de capitales.
- 13-IX. Debate en el Congreso sobre los golpes propinados por un policía al diputado socialista Jaime Blanco.
- 17-IX. Carrillo, invitado a pronunciar una conferencia en Yale (EE UU).
- 20-IX. Un muerto en el atentado contra la revista barcelonesa *El Papus*. Reivindicado por la organización terrorista Triple A, de ultraderecha.
- 20-IX. José Maldonado, presidente de la República española en el exilio, regresa a Madrid.
- 27-IX. Ignacio Camuñas, ministro de Relaciones con las Cortes, dimite y su vacante no se cubre.
- 29-IX. El Consejo de Ministros aprueba el restablecimiento de la Generalitat de Cataluña.
- 7-X. Más de 100.000 vascos piden la autonomía de Euskadi.
- 9-X. ETA asesina al presidente de la Diputación vizcaína, Augusto Unceta.
- 11-X. Llega a Madrid Victoria Kent después de 38 años de exilio.
- 14-X. Las Cortes aprueban la Ley de Amnistía.
- 23-X. "Ja soc aquí", afirma Josep Tarradellas al regresar a Cataluña como presidente de la Generalitat.
- 25-X. Firma de los Pactos de la Moncloa.
- 27-X. Fraga presenta a Carrillo en el Club Siglo XXI.
- 17-XI. Felipe González se opone en Washington a la integración de España en la OTAN.
- 22-XI. *Cuadernos para el Diálogo* publica el borrador de la Constitución.
- 18-XII. Fusión sindical de UGT y un amplio sector de USO.



Josep Tarradellas.

1977

- 9-IX. Se anuncia que la película *La guerra de las galaxias* ha batido todos los récords de taquilla en Estados Unidos.
- 18-IX. El cantante José Carreras y el director Miguel Ángel Gómez Martínez triunfan en la ópera de Viena.
- 14-X. El poeta Vicente Aleixandre, premio Nobel de Literatura.
- 6-X. Se pone a la venta el libro *Figuras de la fiesta nacional*, una visión de los políticos de la transición en clave de humor y taurina, del recientemente fallecido periodista Francisco Cerecedo.
- 10-IX. Amnistía Internacional, premio Nobel de la Paz.
- 15-X. El escritor Jorge Semprún gana el Premio Planeta con su novela *Autobiografía de Federico Sánchez*.
- 21-IX. Comienza en Málaga un homenaje nacional a Pablo Picasso.
- 14-XI. Los reyes de España presiden en San Millán de la Cogolla (Logroño) los actos conmemorativos del milenario de la lengua castellana.
- 22-XI. Primer vuelo del Concorde entre París y Nueva York, trayecto que cubre en tres horas y media.
- 1-XII. Se suprime en España la censura cinematográfica.
- 11-XII. Catorce muertos al estrellarse en la isla canaria de Hierro un avión estadounidense.

Fallecidos en este año

El cineasta Charles Chaplin, el director de orquesta Leopoldo Stokowski, la cantante de ópera María Callas, el cantante y actor estadounidense Bing Crosby, el dramaturgo español Miguel Mihura, el escritor taurino José María de Cossío, el barman madrileño Perico Chicote, el director de cine Howard Hawks.

Datos económicos del año

Entrada de turistas: 34,2 millones.
Tasa del paro: 5,3%.
Subida del IPC: 26,4%
Salario mínimo: 15.000 pesetas
Renta per cápita: 226.098 pesetas.
Incremento del PIB: 2,8%.



Aleixandre, premio Nobel de Literatura.

secretario de Estado de Hacienda en los primeros años del socialismo, ha explicado que es en este periodo —hasta octubre de 1977— cuando las presiones salariales alcanzan sus niveles máximos: “En este momento, la lucha obrera y la presión sindical tienen un significado esencialmente político. Nadie se planteaba entonces los problemas que podría catalizar una elevación salarial, precisamente cuando los primeros efectos de la crisis ya se estaban sintiendo. Sin embargo, este comportamiento salarial, reflejo de una correlación de fuerzas favorable a la clase obrera, acabaría sepultando definitivamente el modelo de crecimiento de los años sesenta, abriendo una brecha entre el nivel de salarios alcanzado y la capacidad del aparato productivo para satisfacerlo”.

En buena medida, el núcleo de la evolución económica de los años siguientes estará ocupado por esta tensión: o bien se reducían los salarios hasta un nivel que resultase soportable por el aparato productivo, o bien se procedía a modernizar ese aparato haciéndolo más eficaz y, por tanto, capaz de absorber y aun mejorar los niveles salariales alcanzados.

La crisis económica internacional de 1973 se gestó en plena guerra del Yom Kippur entre árabes y judíos. En octubre de ese año, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), dominada por los primeros, ordenó el embargo parcial de sus suministros de crudo y el alza general de precios, que se multiplicó por cuatro. En 1973, los precios de los crudos tienen tres tasas distintas: a principios de año, el barril de petróleo costaba 1,63 dólares; unos meses después, el precio asciende a 3,45 dólares, y finaliza el ejercicio a 9,31 dólares. En enero de 1974, el barril está a 14 dólares.

Pero la crisis económica no fue únicamente energética (y como consecuencia, crisis de materias primas, que aumentaron los precios de manera general), sino también de índole monetaria: a comienzos de la década, el presidente norteamericano Richard Nixon toma una decisión revolucionaria y liquida las normas vigentes del Sistema Monetario Internacional; suspende la paridad entre el dólar y el oro, y los tipos de cambios fijos. En definitiva, Nixon acaba con una parte de los acuerdos de Bretton Woods, con los que en julio de 1944 cuarenta y cuatro países se dotaron para actuar en los mercados monetarios. Desde esa fecha, esos mercados son más especulativos y volátiles.

El *shock* energético más la crisis monetaria hacen sonar las señales de alarma en los países

occidentales, ante la hipótesis de que las reservas de divisas resultasen insuficientes para pagar las compras de petróleo. Las naciones industrializadas inician un ajuste para superar la nueva recesión; España hace como si no existiera. Y sin embargo, el primer choque petrolero trae como consecuencias inmediatas una caída muy significativa de la actividad industrial al disminuir la demanda de muchos productos, un fuerte aumento de las cifras del paro de larga duración y un incremento espectacular de la inflación. Ramón Tamames, en su reciente libro *La economía española 1975-1995*, escribe: “En definitiva, la confluencia de estancamiento e inflación, por contraste con lo sucedido en los años treinta —paro y deflación—, permitió caracterizar a la crisis iniciada en 1973 como un fenómeno inusitado de *estanflación*, un neologismo definidor de la naturaleza del nuevo escenario”.

España, ocupada en salir del tardofranquismo, asiste impertérrita a su empobrecimiento. Y sin embargo, la crisis económica española es más aguda, hasta el punto de que los economistas hablan de una crisis *diferencial* española. El profesor Fuentes Quintana, vicepresidente económico del

Gobierno en el segundo Gobierno de Adolfo Suárez, ha insistido en muchas ocasiones en ese carácter diferencial de la economía española. En primer lugar, tenía un sentido inmediato: mayor debilidad energética de nuestro país, ya que España importaba el 66% de la economía consumida frente al 34% de los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE); mayor debilidad exterior, ya que las exportaciones no cubrían más que el 45% de las importaciones; y una producción industrial muy afectada, ya que las industrias españolas obligadas a la reconversión significaban más del doble de la producción industrial respecto a los países de la OCDE, con los que deberíamos compararnos.

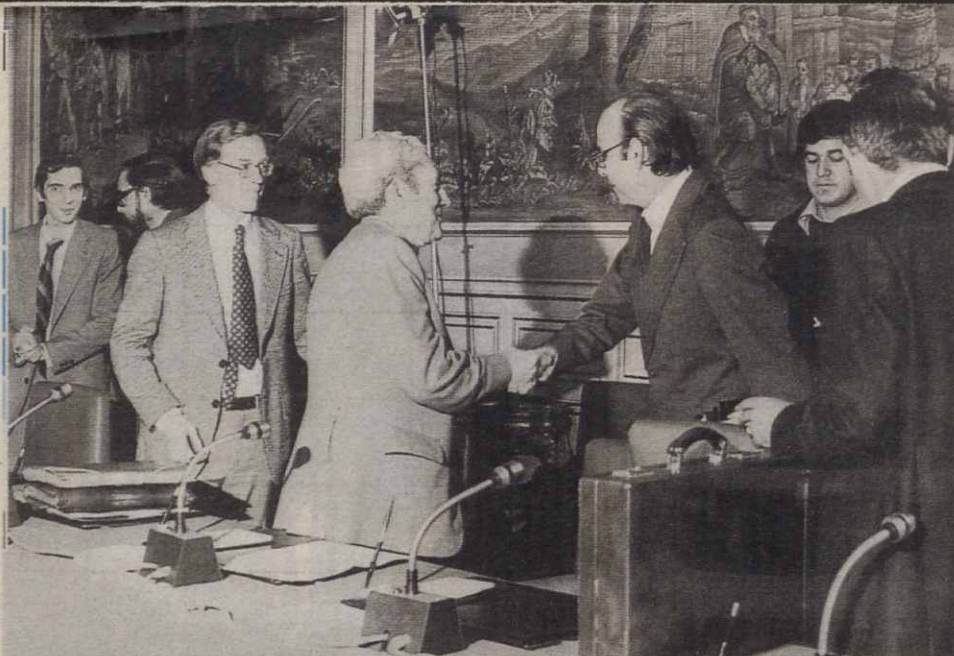
En segundo lugar, un gran retraso en la adopción de la política



El empresario Carlos Ferrer Salat, primer presidente de la CEOE (a la derecha de la foto), sale de la sede del PSOE.



El metro de Madrid fue militarizado por el Gobierno de Arias Navarro durante la huelga de enero de 1976.



El vicepresidente del Gobierno, Abril Martorell, saluda a Marcelino Camacho, secretario general de CC OO, antes de sentarse a negociar.

económica necesaria para combatir la recesión: ni existía conciencia de la profundidad de la crisis, ni había poder político y autoridad para tratarla.

Por último, y lo que es más importante, la coincidencia de la crisis política –cambio de régimen– y la crisis económica. “La experiencia de 1931-1936”, explica Fuentes, “demuestra cómo una crisis económica grave y no resuelta es un pasivo que complica, hasta hacerla imposible, la construcción de la democracia. Un político español dijo en 1932: ‘O los demócratas acaban con la crisis económica española o la crisis acaba con la democracia’. Hay que asumir esta pasada historia española para no estar condenados a repetirla”. En 1931, la gran depresión acompañó a la oportunidad democrática de la II República; ésta era la mayor diferencia entre la crisis económica española y la que afectaba a otros países. Era necesario conceder la máxima prioridad política a la economía. El socialista Indalecio Prieto escribe en sus *Convulsiones en España*: “No

entender políticamente el mundo de la crisis económica y no presentar ante él una política económica coherente constituyó una de las causas del fracaso de la II República”.

Frente a esta situación, Fuentes Quintana se pregunta: ¿Cómo legitimar un régimen y asentar una democracia estable que toleraba una inflación que superaba en los meses centrales de 1977 –julio y agosto– el 42%, inflación que erosionaba los ingresos de las familias, despertaba las expectativas alcistas y extendía la rigidez y estéril *indiciación* de todas las rentas, perpetuando el crecimiento de los precios? ¿Cómo asentar una democracia estable si ésta carecía de recursos para mantener sus intercambios con el exterior perdiendo 100 millones de dólares diarios de reservas exteriores tras las elecciones de 1977, después de haber incurrido en unos déficit de 5.000 millones de dólares en su balanza corriente en los años anteriores, y acumular en los cuatro años de crisis (1973-1977) más de 12.000 millones de dólares de deuda exterior? ¿Cómo afianzar la vida económica de una sociedad que había ignorado la pavorosa crisis energética que había cambiado hábitos y comportamientos en todos los países occidentales menos el nuestro? ¿Cómo construir una convivencia estable sobre una estructura productiva heredada del pasado e irremediamente dañada en muchos de sus sectores industriales por la crisis, y que habría que reconvertir?

Es decir: ¿Cómo edificar una sociedad democrática avanzada con un sistema económico que poco tenía que ver con la economía social de mercado que regía en todos los países occidentales?

José Luis Leal, director general de Política Económica

con Fuentes Quintana –recién llegado del exilio parisiense– y ministro de Economía desde abril de 1979 hasta julio de 1980 (cuarto y quinto Gobiernos de Suárez) escribió en 1982 un libro (*Una política económica para España. Lo necesario y lo posible durante la transición*) en el que abunda sobre la situación económica de aquellos años. Leal confirma hoy el análisis que entonces hizo: los factores que impulsaban la tasa de inflación eran, por una parte, las desmesuradas tasas salariales que habían tenido lugar en 1975-1977, a las cuales se unía la caída de la producción, con el consiguiente aumento de los costes salariales por unidad producida, y la inflación importada por el incremento de los precios internacionales, amplificada por la depreciación de la peseta. La peseta había sufrido una primera devaluación del 10% en febrero

Economía y política en la transición en España (1977-1985)

	Acontecimientos políticos		Acontecimientos económicos
Mayoría minoritaria de UCD	Elecciones generales	15-VI-1977	Medidas de ajuste
	Nuevo Gobierno de Suárez	5-VII-1977	
	Acuerdos de la Moncloa	25-X-1977	Política económica de consenso según los Pactos de la Moncloa
Negociación consensuada Constitución	Constitución por consenso	6-XII-1978	
Mayoría minoritaria de UCD	Elecciones generales	1-III-1979	2ª crisis energética
	Nuevo Gobierno de Suárez	6-IV-1979	
Convocatoria de elecciones generales	Dimisión del presidente Suárez	29-I-1981	Política económica de consenso
	Golpe de Estado	23-II-1981	
	Investidura de Calvo Sotelo	25-II-1981	
	Crisis de UCD	3-XI-1981	
	Disolución anticipada Parlamento	27-VIII-1982	
Mayoría absoluta del PSOE	Elecciones generales	28-X-1982	Política económica de saneamiento y reforma (preparación ingreso CEE)
	Investidura del presidente González	1-XII-1983	
	Disolución de UCD	18-II-1983	
	Acaban negociaciones CEE	29-III-1985	
	Firma Tratado de Adhesión CEE	12-VI-1985	

Datos de Enrique Fuentes Quintana.

de 1976 y una segunda cerca del 20%, con relación al dólar, en junio de 1977.

El saldo negativo de la balanza por cuenta corriente entre enero y julio de 1977 era de 3.150 millones de dólares, 1.000 millones de dólares más que en el mismo periodo del año anterior. Había una fuerte especulación contra la peseta en los mercados cambiarios. "Esta especulación", dice Leal, "se alimentó a lo largo de 1977 por una serie de declaraciones que anunciaban la necesidad de un cambio de rumbo de la política económica —cambio, por otra parte, absolutamente indispensable— y por la inminencia del mismo a raíz del resultado de las elecciones generales de julio de dicho año". Por último, el paro iniciaba una curva ascendente a causa de "la rigidez de las relaciones industriales y del deterioro creciente de la situación financiera de las empresas que, por su escasa capitalización, no tuvieron otro recurso que aumentar fuertemente su endeudamiento al no ser capaces de resistir el alza de los salarios reales que precedió a la democracia".

Se imponía un punto y aparte. Se trataba de los Pactos de la Moncloa.

El 15 de junio de 1977 se celebran las primeras elecciones generales democráticas desde el 16 de febrero de 1936. Unión de Centro Democrático obtiene la mayoría relativa con 166 diputados y 106 senadores. El 4 de julio, Adolfo Suárez nombra Gobierno; el equipo económico está constituido por Enrique Fuentes Quintana, vicepresidente económico; Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Hacienda; Alberto Oliart, ministro de Industria y Energía; Juan Antonio García Díez, ministro de Comercio y Turismo; José García Genique, ministro de Agricultura; Manuel Jiménez de Parga, ministro de Trabajo; Joaquín Garrigues Walker, ministro de Obras Públicas; Enrique Sánchez de León, ministro de Sanidad y Seguridad Social, y José Lladó Fernández, ministro de Transportes y Comunicaciones. La composición del *Gobierno económico* será muy significativa para la elaboración de los pactos, pero, sobre todo, ocho meses después, cuando Fuentes Quintana presente su dimisión.

Aunque no hay unanimidad en el Gabinete, sí predomina la idea de que el principal problema político español es el económico. Únicamente resolviendo éste se podría llegar a la elaboración y firma de la Constitución. Había que ganar tiempo.

El resto de los partidos políticos parlamentarios se presentaron a las elecciones con programas económicos diferentes. Desde los primeros días de julio, Fuentes Quintana y los técnicos de la vicepresidencia presionan a Suárez para que convoque al resto de las formaciones y discutan una política económica consensuada. No tienen éxito. En el Ejecutivo y en la propia UCD

La luz se había ido en La Moncloa, pero el vozarrón de Fuentes sobresalía entre las velas que alumbraban la sala

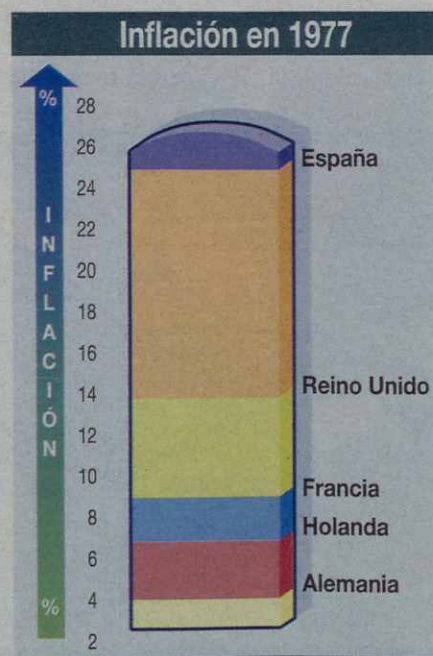
hay quienes mantienen que el Gobierno debe mostrar su autoridad desde el principio y aprobar el paquete de medidas urgentes contra la crisis en el Parlamento, sin necesidad de un pacto político. El vicepresidente para Asuntos Políticos, Fernando Abril Martorell, también es partidario del pacto, sobre todo por razones políticas finalistas; a Abril se le atribuye la idea, evidentemente comprimida, de que casi daba igual lo que se firmase dentro de una política económica de rigor: lo importante era el consenso para llegar a la Constitución.

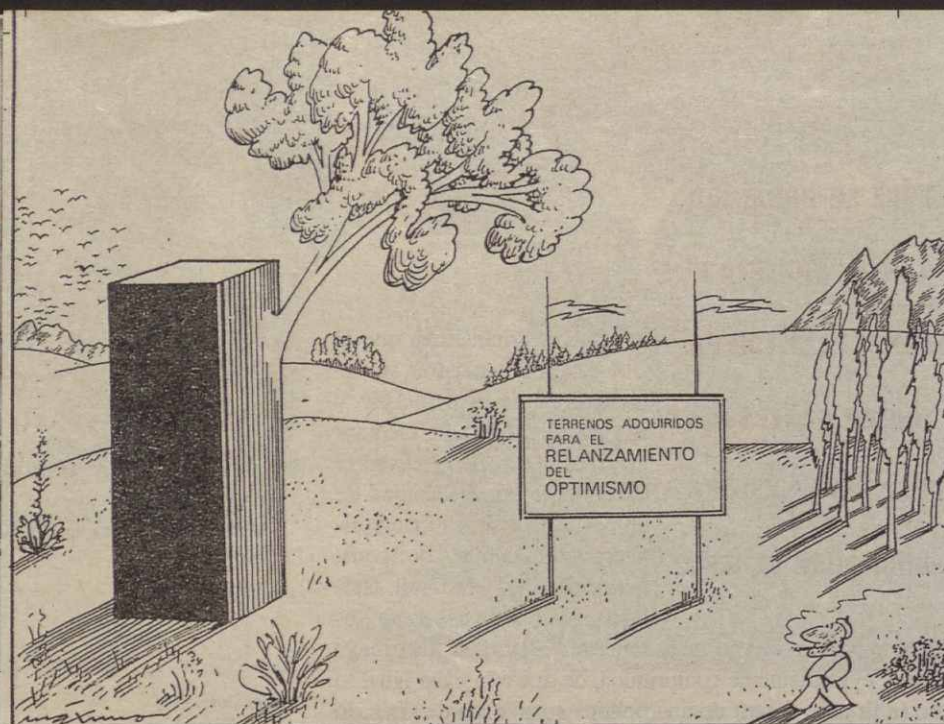
Durante el mes de agosto se suceden en el salón Carlos III del caserón de la calle de Alcalá de Madrid, en el que se alberga el Ministerio de Economía y Hacienda, largas reuniones con los agentes sociales, fundamentalmente con los líderes sindicales, para convencerlos de la necesidad de la moderación salarial. En septiembre, a la vuelta de las vacaciones Fuentes se presenta con un documento base que es discutido con Adolfo Suárez durante muchas horas; contiene las medidas de saneamiento y reforma de la economía española imprescindibles para salir del caos.

Convencido el presidente, se convoca a los ministros para que las conozcan, las enmienden y las compartan; y los días 8 y 9 de octubre, tras muchas reuniones de bambalinas (entre otras, las protagonizadas por Fuentes, Abril y varios subsecretarios con CC OO, UGT, la Confederación Española de Organizaciones Empresariales), los dirigentes políticos visitan el palacio de la Moncloa. Algunos de los presentes recuerdan cómo, siendo entonces las instalaciones muy deficientes y yéndose la luz por una tormenta en varias ocasiones, el vozarrón de Fuentes Quintana sobresalía mientras todos escuchaban

silentes a la luz de las velas. El 8 de octubre, primer día de la reunión, los debates quedaron turbados por el asesinato del presidente de la Diputación de Vizcaya, Augusto Unceta, cometido por ETA en un frontón de Gernika.

Con el documento de Fuentes como base, en la redacción participaron Abril Martorell, Manuel Lagares (subsecretario de Economía), Leopoldo Calvo Sotelo (UCD), Ramón Tamames (PCE), Joaquín Leguina (PSOE), Laureano López Rodó (Alianza Popular, que no suscribiría los acuerdos políticos) y Fernando Morán. Tamames escribe: "En la tarde del domingo (9 de octubre) ya resultó posible sentar las bases del futuro acuerdo. La redacción la hicimos José Luis Leal, director general en el Ministerio de Economía, y un servidor, dic-





Dibujo de Máximo publicado en la época en que se negociaban los Pactos de la Moncloa.

tando al alimón a una secretaria, en un pequeño despacho del palacio". El comunicado a la prensa se presentó bajo el modesto título de *Resumen de trabajo*, ya que Felipe González, cuya participación en los pactos fue a veces renuente, quiso darle un perfil bajo.

Los Pactos de la Moncloa (que incluyeron también unos acuerdos de actuación jurídica y política que no fueron asumidos por AP) partían del hecho de que la prolongación de las tendencias conduciría a "una situación de colapso económico con gravísimas consecuencias políticas". Su contenido se dividía entre las medidas de saneamiento urgente (contra la inflación y el desequilibrio exterior) y las reformas necesarias para repartir con equidad los costes de la crisis, reestructurar los sectores e instaurar —vía consenso— un auténtico sistema de economía de mercado.

Las medidas de saneamiento fueron, fundamentalmente, las siguientes: una política monetaria basada en el control de la cantidad de dinero; una política presupuestaria que redujera el crecimiento de los gastos públicos y orientara los gastos de inversión hacia una reducción del déficit público; la fijación de un tipo de cambio realista de la peseta y la flotación de la misma para orientar las corrientes de comercio exterior; y una política de rentas basada en el principio de que el crecimiento de los salarios se pactaría, a partir del momento de la aprobación de estas medidas, en función de la inflación prevista y no de la inflación pasada. Esta última política también preveía las reducciones de las cuotas de la Seguridad Social percibidas sobre las nóminas, la moderación de los costes financieros, la liberalización de los mercados de bienes y servicios y la persistencia de unos cuantos precios administrativos en bienes estratégicos para prevenir elevaciones injustificadas.

Las reformas comprometi-

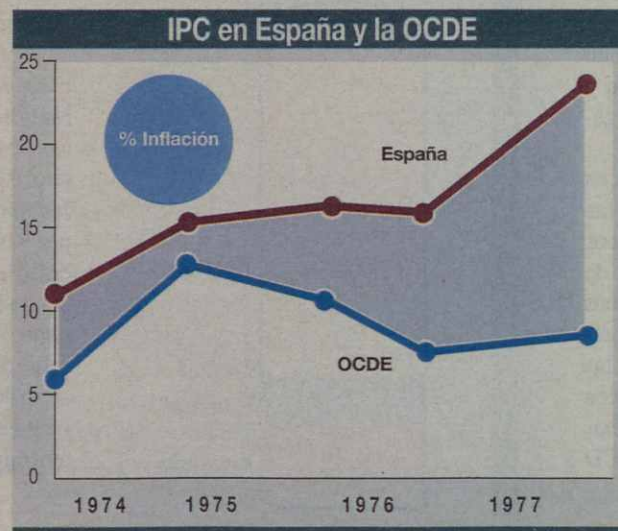
das fueron la del presupuesto y del gasto público para lograr la universalización del primero y el control del segundo; la reforma fiscal y de la administración tributaria para que todos los ciudadanos pagasen los impuestos; la reforma del sistema financiero mediante la competencia, supervisando la liquidez y solvencia de los bancos y cajas de ahorro; la reforma del marco de relaciones laborales con un Estatuto de los Trabajadores y la flexibilización de las condiciones de trabajo, y una leve alusión al marco de actuación de las empresas públicas.

El 25 de octubre se firman los Pactos de la Moncloa. Los protagonistas son Adolfo Suárez, Felipe González, Joan Reventós, Josep Maria Triguera, Manuel Fraga, Enrique Tierno Galván, Juan Ajuriaguerra, Miquel Roca, Leopoldo Calvo Sotelo y Santiago Carrillo. En el acto estaban presentes también Enrique Fuentes Quintana, Fernando Abril Martorell, Francisco Fernández Ordóñez, Rodolfo Martín Villa (ministro de Interior), Landelino Lavilla (ministro de Justicia), Salvador Sánchez Terán (asesor del presidente), Plácido Fernández Viagas (senador del PSOE), Laureano López Rodó, Raúl Morodo (PSP), Fernando Morán (PSP), Emilio Gastón (PSP), Josep Verde Aldea, José Pedro Pérez Llorca (UCD) y Alberto Aza (jefe del gabinete técnico de Suárez, que pasaba de unos firmantes a otros el portafolios).

Los efectos de los Pactos de la Moncloa fueron inmediatos: la inflación cerraba el año en un 26,4% y se situaba en 1978 en el 16%; se recuperaba el equilibrio de la balanza por cuenta corriente, obteniéndose superávit al año siguiente; las reservas de divisas pasaron de 4.000 millones de dólares a mediados de 1977 a 10.000 millones a finales de 1978; se restablecía un cierto equilibrio en las cuentas de las empresas, iniciándose una tendencia alcista de los beneficios. Y, sobre todo, se producía un cambio importantísimo en el clima político del país que permitió llegar a la Constitución. Los Pactos de la Moncloa se convertirían en la insignia del paso de la dictadura a una democracia sin convulsiones sociales. Fueron el gran *compromiso histórico* español, que recordaba al propugnado en Italia por el PCI, una política de alianzas con las demás fuerzas democráticas (socialistas y democristianos,

fundamentalmente) para superar la crisis política y económica y profundizar en la democracia. Este compromiso histórico se complementó un poco más tarde con la asunción de una política de austeridad que consideraba la lucha contra la inflación como prioritaria para la recuperación económica.

En el décimo aniversario de la firma de los Pactos de la Moncloa, en el año 1987, el Círculo de Empresarios reunió a los ministros de Econo-



Los efectos de los pactos fueron inmediatos: la inflación llega en 1977 al 26% y cae hasta el 16% al otro año

mía de la democracia para que los valorasen. Fuentes Quintana resaltó su importancia para que España saliese de una vez de la protección y el aislamiento; Fernando Abril Martorell destacó en ellos el precedente de una política de concertación social y el carácter sustantivo que en su consecución tuvo la política; Leopoldo Calvo Sotelo reflejó la dialéctica asumida de la necesidad urgente de más libertad, incluida la economía, y al mismo tiempo el temor al desafío de esa libertad; Juan Antonio García Díez declaró que los pactos habían supuesto el inicio de un gigantesco proceso de aprendizaje para el pueblo español, en el que la primera lección no fue la económica, sino el rodaje de la convivencia; Miguel Boyer dijo: "La auténtica solidaridad que está aceptando la sociedad española se expresa en contener las rentas distribuibles en favor de la inversión que crea empleo, para hacer posible que las empresas generen más empleo. Aumentar la parte del *pastel* que va a quienes tenemos trabajo es condenar a una parte muy numerosa de la población a no encontrarlo". Y Carlos Solchaga, ministro de Economía y Hacienda en ese momento, resumió: "La elaboración de la política económica siempre constituye un continuo tejer y, a veces, destejer".

El consenso político sobre la economía duró poco. En febrero de 1978, Adolfo Suárez reajusta su Gobierno y en él ya no está Fuentes Quintana, que ha presentado su dimisión. Le sustituye Fernando Abril. Todas las fuentes consultadas ha-

blan del intelectual cansado de la política, de un ministro técnico rodeado de políticos. Pero Fuentes deja una carta de despedida a Suárez que algunos consideran una especie de *testamento de política económica*, pero que el propio Fuentes rebaja afirmando que "sólo se puede hablar de testamento económico como una licencia periodística".

Según estas voces, el vicepresidente económico se queja de la frivolidad de algunos ministros económicos como Garrigues, Oliart, Jiménez de Parga o Sánchez de León, pero Fuentes Quintana ni lo confirma ni lo desmiente. Sí que cree que las reformas estaban siendo retrasadas *sine die* por su impopularidad y que era necesario profundizar en ellas, incluyendo la nacionalización de la red de alta tensión (la única nacionalización propugnada en la segunda mitad de los años setenta).

En diciembre de 1978 se aprueba la Constitución, en marzo de 1979 se realizan elecciones generales (que imposibilitan cualquier consenso político) y se entra en una etapa nueva y diferente, en la que se produce la segunda crisis energética. A partir de ese momento, cualquier intento de concertación se hace a través de los pactos sociales, firmados por el Gobierno de turno, la patronal y los sindicatos. Hasta cinco pactos sociales se firmaron antes de que el 25 de junio de 1985 España entrase en la Comunidad Económica Europea. En 1982, los socialistas ganan las elecciones generales por mayoría absoluta; su programa económico a medio plazo 1983-1986, implantado sin necesidad de consenso alguno con otras fuerzas políticas, contenía medidas de saneamiento y reformas perfectamente continuistas con las aprobadas en los Pactos de la Moncloa. □



Los asistentes a la firma de los pactos posan sonrientes en La Moncloa. De derecha a izquierda: Leopoldo Calvo Sotelo, Miquel Roca, Manuel Fraga, Adolfo Suárez, Juan Ajuriaguerra, Felipe González, Joan Reventós, Josep Maria Triginer, Santiago Carrillo y Enrique Tierno.

LOS HOMBRES CLAVE

Enrique Fuentes Quintana

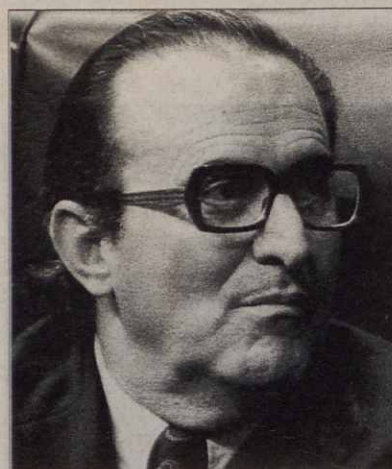
"O pactábamos o la Constitución podía quedar en entredicho por una crisis que llevara a la suspensión de pagos del país"

ANDREU MISSÉ

Economista influyente

(Carrión de los Condes, Palencia, 1924).
Doctor en Derecho y Ciencias Políticas y Económicas. Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Valladolid en 1956. Desempeñó un papel destacado en el plan de estabilización de 1959. Representante de España del Comité de Política Económica de la OCDE entre 1960 y 1968. Director del Instituto de

Fuentes Quintana, vicepresidente del Gobierno para asuntos económicos en la época de los Pactos de la Moncloa.



Estudios Fiscales (1970), puesto del que dimitió seis años más tarde por discrepancias con el entonces ministro de Hacienda Juan Miguel Villar Mir. Senador real en 1977. Vicepresidente del Gobierno con Adolfo Suárez en el primer Gabinete. Principal impulsor de los Pactos de la Moncloa. Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1989). Es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Los Pactos de la Moncloa de otoño de 1977 crearon el clima de consenso social necesario para aprobar la Constitución y significaron la primera medida seria para afrontar la crisis económica que sufría España desde 1973.

Pregunta. Adolfo Suárez, recién nombrado presidente del Gobierno en 1976, le ofreció el Ministerio de Comercio. ¿Por qué no aceptó?

Respuesta. Dije que no porque no veía qué se podía hacer desde el punto de vista de la España predemocrática. No parecía que fuese el momento para hacer algo en economía. El Gobierno sentó las bases de una milagrosa reforma política. Porque lo más importante fue la aprobación de la disolución de las Cortes.

P. No aceptó ser ministro de Comercio, pero sí colaboró como experto en el comité de asesores económicos del presidente Adolfo Suárez junto con Juan Sardá, Luis Ángel Rojo y Josep Jané Sola.

R. El comité no llegó a crearse. Había una idea, redactábamos informes, pero no era oficial. Naturalmente, las ideas que teníamos fueron útiles.

P. ¿Fue en estas reuniones cuando se produjo el choque entre la euforia del recién nombrado presidente Suárez y el panorama de desastre económico que le expusieron ustedes?

R. Sí, esto fue así, aunque quizá no con tanta exageración, pero nuestra exposición ratificó sus temores. Recuerdo

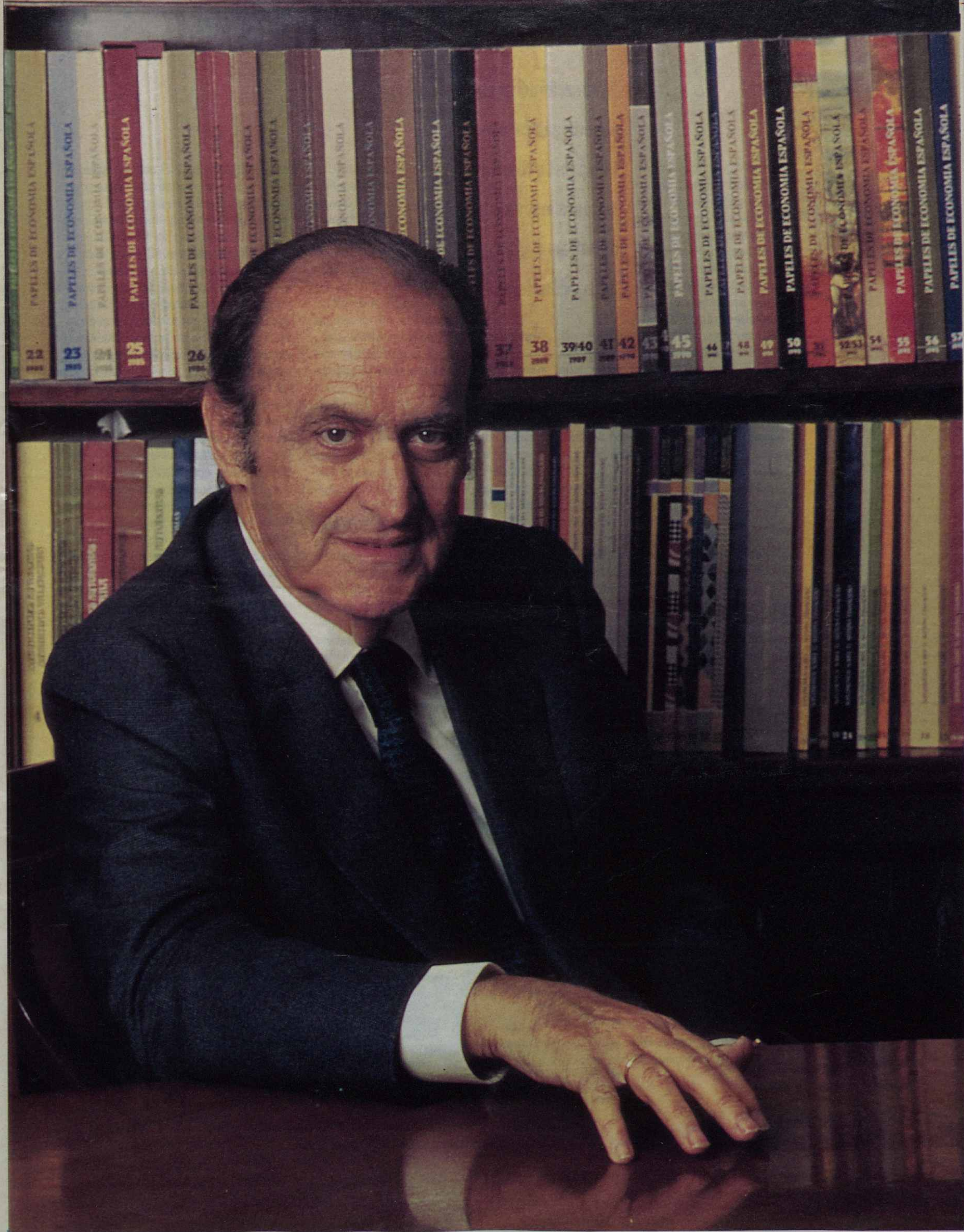
una anécdota. Cuando negociamos los Pactos de la Moncloa se acordó que los técnicos de cada partido se aislasen para poder redactar las bases del pacto. Mientras, los políticos se unían más o menos en pequeñas tertulias. Santiago Carrillo, Felipe González y Adolfo Suárez estaban casi siempre juntos. Un día, yo paseaba por allí porque no quise formar parte de la comisión redactora para que tuviesen más independencia, aunque supervisé después la redacción. Y entonces Felipe me dijo: "Hombre, tú eres como Manolito". Entonces le pregunté: "¿Y quién es Manolito?". "Manolito, me contestó Felipe, es el primer niño que me dijo que los Reyes Magos no existen. Cuando estamos con toda la ilusión porque hemos luchado tanto por la democracia, venís los economistas con la cuenta diciendo lo que no podemos hacer".

P. Pero Suárez ganó las elecciones con un programa socialdemócrata que no es el mismo que el que usted había elaborado como base de los Pactos de la Moncloa.

R. Era un programa mixto. Quizá la tendencia socialdemócrata tuviera un peso mayor. No sobre la presencia del Estado, pero sí en otros puntos, como la reforma fiscal.

P. ¿Cómo nació la idea de unos acuerdos amplios?

R. Inicialmente, Adolfo pretendió que ganásemos una votación en las Cortes. Dijo: presentas el programa en las



"López Rodó estuvo intrigando ante

Felipe; le decía: '¿Cómo os vais a humillar a pactar ante el Gobierno?'

Cortes y yo pacto con los andalucistas, con los vascos y ganamos por 10 o 12 votos. Naturalmente, le insistí en que no se trataba de esto. Para mí, el problema fundamental era que teníamos que definir un programa que permitiera superar la crisis para llegar a la Constitución. Es decir, o realizábamos las reformas o la Constitución podía quedar en entredicho por una crisis gravísima que quizá llevara a la suspensión de pagos del país o a una inflación galopante que hubiese impedido hacer la Constitución. Lo fundamental era llegar a la Constitución, y esto necesitaba el pacto.

P. En el proceso de los pactos, ¿por qué se opusieron los líderes de la recién constituida patronal, como José María Cuevas y Carlos Ferrer Salat?

R. Bueno, sobre este asunto hay que decir que la derecha [política] y la derecha empresarial no perdonaron el triunfo de Adolfo Suárez. Tuvieron una actitud más hostil contra Adolfo Suárez que contra González. Con Felipe González, la patronal incluso adoró a parte del Gobierno, y las críticas han sido mucho más mesuradas. Se defendía el principio de que el partido comunista no formase parte del abanico de partidos. Querían que el orden de la economía libre de mercado se reconociese en todas las situaciones. Porque aquí ha habido dos clases de empresariado. El de la CEOE era el dominante, pero estaba también el del Círculo de Empresarios.

P. ¿Qué hizo Estados Unidos? Porque entonces el embajador norteamericano llamó la atención al ministro de Trabajo, Manuel Jiménez de Parga, por su excesiva proximidad a CC OO.

R. Yo creo que ahí hubo indiscreciones. Creo que Estados Unidos vio muy bien los pactos. Me baso en lo siguiente. El Fondo Monetario Interna-

cional los vio bien. Inmediatamente después de comenzadas las conversaciones yo consulté con Whittome, que era el representante del Fondo Monetario Internacional para Europa. Y él me dio un absoluto plácet. Le pareció que el programa estaba muy bien y no hubo dificultades.

P. ¿López Rodó hizo unos planteamientos muy drásticos sobre el despido libre?

R. No, él quería que no se pactara. Estuvo intrigando todas las horas que vivimos en La Moncloa paseándonos por los jardines. Estuvo intrigando cerca de Felipe y de su gente, como Ernest Lluch. Les decía: "¿Cómo os vais a humillar a pactar ante el Gobierno?"

P. ¿Cómo fue la ceremonia de la primera reunión?

R. Las anécdotas que ocurrieron allí son muchas. En primer lugar porque el país llegó a representarse allí por el orden en que su puntualidad tónica es conocida. Es decir, los primeros que llegaron fueron los vascos y los catalanes; después, los comunistas, que tenían un gran interés en el propio pacto. Y luego fue llegando el resto. Los últimos fueron los socialistas. Felipe llegó con un asesor un poco curioso, Joaquín Leguina. Llegó a las 10.15 tras crear la expectativa consiguiente, porque el miedo del Gobierno era que la convocatoria de Suárez no fuera secundada. Paco Fernández Ordóñez, que era bastante pesimista, siempre decía lo mismo: "Aquí no

va a venir nadie, y si vienen no vamos a pactar". Suárez, que tenía una gran fe, dijo: "Van a venir y van a pactar".

P. Todo el proceso fue muy rápido, ¿no?

R. Bueno, ahí está. El primer punto fue el siguiente. El día primero, el 7, a las 10.15, se abrió la sesión, se constituyó la mesa y comenzó a hablar Adolfo Suárez. Explicó que la situación económica del país exigía un conocimiento general. Creíamos que todos los partidos debían colaborar en conocer la situación para hacer un diagnóstico común y abordar la crisis. En ese momento, Fraga levantó la mano y le dijo: "Señor presidente, si usted piensa que hemos venido aquí para respaldar cualquier política del Gobierno, está en un profundo error porque el deber de un Gobierno es gobernar y elegir la opción que estime más pertinente, por impopular que pueda ser". Adolfo le contestó que él no quería compartir con nadie la responsabilidad, pero sí el conocimiento para que formasen su propia conciencia. Si querían, podían colaborar, y si no, podían marcharse. Y esto ató al señor Fraga y a toda la mesa para toda la reunión.

P. ¿Cuál fue su posición?

R. Hice un discurso con mucha pasión que duró aproximadamente una hora. Tuve un apoyo total, que creo que cerró los pactos, de Enrique Tierno, que representaba allí al PSP con Fernando Morán. A continuación intervino Jordi Pujol y dijo: "Aquí hay unos números, hay unas cifras, y esos números y esas cifras a mí me cuadran. Quiero saber si hay otros números u otras cifras en el entorno de la mesa". El que intervino en tercer lugar fue Carrillo, y creo que la suya era la intervención más esperada porque el prepacto ya estaba realizado entre Adolfo y él. Yo no lo sabía. Pero era obvio que existía y Carrillo apoyó el pacto de una manera total.

P. ¿Fraga también?

R. Fraga dio un conjunto de cifras que preten-



Fuentes Quintana, sentado en el banco azul entre Abril (izquierda) y el general Gutiérrez Mellado. Detrás, García Añoveros y Arias Salgado.

**"El discurso más
esperado fue el
de Carrillo, pero
el prepacto ya
estaba realizado
entre Adolfo y él"**

dían contrariar las que estaban en el programa. Siempre he seguido a Fraga y no creo que entre sus virtudes esté la de compulsar las cifras que utiliza. Hice una relación de estas cifras y fui demostrando que todas estaban equivocadas. Y entonces me dijo con cierto dolor: "Así que me suspendes. No es esto". Fraga estuvo después muy generoso porque la crítica que le hice fue muy dura. Porque si había algo fuerte dentro del programa era la dialéctica de los números.

P. ¿Y González?

R. Dijo que el programa le parecía digno de discutirse. Y que para discutirse se podría nombrar una comisión que trabajase en un borrador inicial, que volviese otra vez al pleno y luego otra vez a la comisión. Pero esto llevaría un tiempo. "Como el asunto será largo", añadió, "nos tendrás que dar de comer y cenar hoy, mañana y pasado. Y a las doce de la noche del domingo saldremos diciendo que a lo mejor hay esperanzas de pacto", que es lo que dijeron.

P. ¿Pero cómo se superaron las diferencias entre los partidos? Los socialistas y los comunistas, por ejemplo, planteaban la nacionalización de la red de alta de tensión de las compañías eléctricas.

R. Sí, de la red de alta. Es decir, del camino por el que se transportaba la energía. Tenía un fundamento muy claro: "Si tengo energía hidráulica en Zamora, es absurdo que esté utilizando energía térmica o de petróleo para abastecer Madrid. No puedo pasar porque las redes son de Hidroeléctrica o de Iberdrola. Déjenme nacionalizar la red de alta que permita la transmisión de la energía más barata".

P. Y ahí hubo un conflicto con el ministro de Industria Alberto Oliart.

R. Sí, importante. Este conflicto fue con Oliart. Pero la cuestión procedía de UNESA. Es decir, del conjunto de empresas eléctricas, que no estaban en absoluto de acuerdo con esta alternativa. Los papeles de la propuesta del no a la nacionalización provenían de UNESA.

P. Pero usted acabó proponiendo la nacionalización.

R. Naturalmente, acabé proponiéndola. Y cuando no se aprobó, hice *casus belli* y advertí que me iría del Gobierno. No se aprobó y me fui.

P. ¿Este fue el motivo real de su dimisión?

R. Diría que ése fue el motivo final. Porque lo que ocurre es que el pacto funcionaba muy bien. Todas las series españolas, la inflación y demás, están prácticamente marcadas por los Pactos de la Moncloa. Hasta 1977 y después de 1977. La inflación comenzó la desescalada. Hay una política definida respecto a la crisis. Las medidas del Pacto de la Moncloa estaban en dos grandes cestas. Las de saneamiento y las de reforma. Yo pretendía reformar el Estado de manera que hubiese un *do ut des*. Es decir, que si se exigía moderación en los salarios, se debería exigir una reforma fiscal a los que tenían mayor renta.

P. Pero ambas cosas no fueron al mismo ritmo.

R. Las medidas de estabilización se aplicaron muy pronto. Pronto bajamos la inflación del 40% al 20%. En febrero de 1978 ya estábamos en el 18%, para terminar el año en el 14%, mientras que las medidas de reforma se detuvieron realmente. Se paralizó gran parte de la reforma fiscal por intereses existentes. La reforma de la empresa pública se retrasó, el Estatuto de los Trabajadores también. Es decir, hubo un desequilibrio entre el saneamiento y la reforma.

P. Usted propuso entonces una reestructuración del equipo económico del Gobierno.

R. Sí, pero Adolfo no aceptó esta alternativa.

P. También se produjo otro debate interesante. Oliart y Eduardo Punset propusieron que se hiciera política industrial e incluso consideraron necesario anteponerla a la política monetaria. Este fue, quizá, el primer antecedente del debate actual entre economía real y economía financiera, ¿no?

R. Sí, lo que pasa es que esta política industrial no aparecía por parte algu-

na. Es decir, el problema es que querían un ajuste lento. Y un ajuste lento cuando la economía tiene un 40% de inflación no es concebible. Es decir, el problema básico es que la lucha contra la inflación no era una cuestión ideológica, era simplemente cuestión de supervivencia.

A mediados de 1977 me visitó un economista argentino. Me preguntó. "¿Vos qué inflación tenés?". Le dije: "Ahora estamos en el 44%". "Elevado, me contestó, en el otoño estaréis en el 80% y en diciembre en el 100%, y nos veremos todos probablemente en la primavera de 1978 con el 1.000% igual que en Argentina". Luego, cuando le vi en Argentina y le dije que la inflación que teníamos en el país era del 10% no se lo quería creer.

P. Ustedes vivían en un clima de incertidumbre, con continuos anuncios de reestructuraciones del Gabinete.

R. Sí, había intrigas todos los días. El Gobierno tenía procedencias políticas y profesionales muy distintas. Además, algunos ministros negaban autoridad a Adolfo. Pero Suárez tenía una gran virtud, que desde el punto de vista de un partido político es un defecto. Es el que aguanta mejor las críticas. No he conocido a nadie que deje hablar tan mal de él, tanto tiempo y sin irritarse.

P. Desde otro punto de vista, Rojo ha censurado el excesivo gradualismo de la política económica del Gobierno.

R. Creo que Rojo tiene razón. Las reformas eran muy prudentes respecto de lo que estaban haciendo los sindicatos. Cuando tomé posesión del Ministerio de Economía, el primer convenio que se firmó fue el de la construcción de Oviedo, con un incremento del 35%. Después el del calzado, que se firmó con un aumento del 40%. Nosotros fijamos el 20% más dos puntos.

P. Sin embargo, los sindicatos asumieron una actitud de sacrificio. Asumieron que las empresas debían restablecer su tasa de beneficios.

R. Sin duda, pero creo que entonces

"UCD era de centro, pero su gente más valiosa, aunque poca en número, estaba en la izquierda"

los sindicatos eran una correa de transmisión de los partidos más importante de lo que es ahora. Comisiones tenía mucho que ver con el partido comunista, y por supuesto, UGT tenía todo que ver con el PSOE. Hubo situaciones tirantes entre Marcelino Camacho y Carrillo, pero jugaron la carta del ajuste con generosidad. Por otra parte, los pactos fueron políticos, no sociales. Yo no podía hacer un pacto social con los sindicatos, que estaban en periodo constituyente y recordaban: "Si Franco nos da un aumento de la inflación pasada más tres puntos, ¿cómo podemos aceptar la moderación?"

P. Algunos economistas, como An-



Fuentes Quintana con Fernández Ordóñez, este último ministro de Hacienda en el Gobierno que convocó las conversaciones de la Moncloa.

toni Zabalza, reconocen el éxito en el control de la inflación, pero al no haberse hecho las reformas empieza el mayor drama de este país, el paro.

R. Ahí está la crítica al comportamiento sindical. España había heredado del franquismo un sistema de relaciones laborales que yo llamo castizo en el sentido de que el principio básico de su ordenación era la contratación perpetua como elemento fundamental. Impedía en todo lo posible los contratos temporales.

P. Los contratos temporales fueron objeto de debate.

R. No; nosotros propusimos que los nuevos contratos permitiesen el despido libre. Estaba en el documento, pero no se aceptó.

P. ¿Cuál era el modelo laboral?

R. Había órdenes ministeriales en la etapa de Franco diciendo que se hiciera todo lo posible para obstruir el despido de los trabajadores, a través de las magistraturas y de las inspecciones de Trabajo. Este modelo es el que heredan y quieren los sindicatos españoles. El modelo franquista de relaciones laborales se identifica como pauta por parte de los sindicatos, sin más variable que en vez de existir la representación del sindicalismo oficial, existe la representación elegida por los trabajadores. Incluso se discute la posibilidad de decretar la sindicación obligatoria a un sindicato. Marcelino Camacho llegó a decir en una oportunidad: "Bueno, lo que nosotros necesitamos es el ladrillo sindical, la casa sindical, cambiando los ascensoristas y la gente que está dentro", pero el funcionamiento podía ser el mismo. Esta situación inicial cambia a través de la colaboración sindical en los pactos. Cuando llegué al ministerio se estaban firmando convenios con subidas del 40%. Los pactos establecieron una subida del 20% más dos puntos para deslizamientos.

P. En sus escritos que analizan las ventajas de los pactos, usted siempre se muestra muy crítico con los Gobiernos mayoritarios.

R. Sí, me pregunto por qué no pactar muchos puntos en los que había posibilidad de acuerdo. Esto habría dado una eficiencia enorme al Gobierno. Sobre todo en la primera parte, en la que no había rebeldía por parte de UGT. Ya en la segunda se plantean problemas. La magnífica gestión de Miguel Boyer al frente del Ministerio de Economía es una gestión que tiene detrás de sí la apoteosis del poder de Felipe González. Hemos hecho un trabajo comparativo del programa del Gobierno socialista en

1983 y del conjunto de los Pactos de la Moncloa. Está más a la izquierda el acuerdo de La Moncloa.

P. ¿Por qué dentro del Gobierno de UCD había críticas hacia usted?

R. Las críticas hacia mí venían por el hecho fundamental de que yo urgía todos los puntos. El documento de los pactos está trufado de fechas. Y este calendario yo lo tenía en la mano. Y siempre decía: "Si esta fecha llega y esta decisión no se ha tomado, me voy". Claro, y no vea usted lo que supone estar sentado al lado de una persona que lo que le interesa es estar en el poder con otra persona que lo que le interesa es hacer y arriesgar. Porque si me marchaba, era posible que se marcharan algunos más. Y eso para cualquier político en activo es totalmente negativo.

P. Pero también había sectores empresariales vinculados al Gobierno.

R. Me consta que hubo interferencias para tratar lo que se debía hacer. Había interés en que hubiera una actuación más a la derecha. UCD era de centro, pero la gente más valiosa, aunque minoritaria, estaba en la izquierda.

P. ¿Fernández Ordóñez?

R. Y alguien más. La gente que estaba a la derecha era la menos valiosa desde el punto de vista político. El centro del país sentía la necesidad de reformar. Era la gente de menos de 40 años.

P. ¿Cuando dimitió le reprocharon abandonar el timón de la nave en plena tormenta?

R. El tema de fondo es saber hasta dónde tienen que llegar la conformidad y la ética del comportamiento personal. Entré en el Gobierno como un economista, como un técnico. Convivía todos los días en un purgatorio, con cortapisas, frenos. En definitiva, se trataba de que no prosperase demasiado. Suárez ya no tenía la pasión reformadora del principio de la transición porque las diferencias en el partido eran cada vez mayores. Por otra parte, el mundo conservador ya amenazaba con su presencia en otros países. Ronald Reagan y Margaret Thatcher. No sé si todo esto también obliga a poner cierto freno, cierto ritmo, al conjunto de reformas. □

Otoño del 77

El asentimiento general que se alcanzó en La Moncloa iba a marcar una nueva forma de hacer política en España

JOAQUÍN LEGUINA

Tras la resaca electoral y pasado el verano de 1977, el nuevo Gobierno de UCD, que presidía Adolfo Suárez, se dispuso a iniciar su andadura democrática haciendo frente a los principales problemas económicos del país. Una carta inspirada por el equipo económico gubernamental dirigido por Fuentes Quintana llegó a las sedes de los partidos con representación parlamentaria. Una invitación al diálogo que todos aceptaron.

Desde tiempo atrás, funcionaba informalmente en el PSOE un, así llamado, *Grupo de Economistas*, al cual la Comisión Ejecutiva solía reclamar informes y otros papeles. Felipe González quiso que uno de esos economistas le acompañara en aquel trance y en lugar de elegirlo él (Miguel Boyer no pertenecía entonces al PSOE) prefirió que fuera el propio grupo quien designara al acompañante. Ignoro aún los motivos que tuvieron aquellos compañeros para elegirme en el transcurso de una reunión a la que no asistí.

De mañana, me dispuse a salir de casa hacia la sede partidaria, que entonces estaba en la calle de García Morato (antes y después, de Santa Engracia). Me vestí como todos los días, de *progre*. Un horrible jersey verde reineta encima de una camisa sin corbata. Aclaro: para quien es perseguido desde el nacimiento por la timidez, como es mi caso, resulta difícil de soportar el ridículo, y así, ridículo, me he sentido luego en cuantas ocasiones han pasado unas imágenes de aquellas reuniones monclovitas por la televisión. El pelo largo, un poblado y negro bigote y lo peor: los deplorables pantalones

campana, completaban un conjunto que incitaba al asesinato a manos de cualquier sastre ofendido en sus convicciones estéticas.

Cuando llegamos a La Moncloa, el jardincillo desde donde se otea la Casa de Campo era ya un hervidero de políticos. Allí estaban todos, como recién salidos de una ducha electoral y democrática. Tierno, que acababa de sufrir una operación de cataratas, lucía su sempiterno terno gris, cubriéndose los lastimados ojos con unas gafas de cristales oscuros. Fraga dominaba físicamente aquel luminoso cotarro... hasta que, bajando por los escasos peldaños del zaguán, apareció el anfitrión, el presidente, abrochándose la chaqueta. A todos saludó, luego nos hizo entrar.

Me tocó enfrente de Santiago Carrillo, quien, acompañado del hiperactivo Ramón Tamames, mostró desde el inicio gran entusiasmo por llegar al pacto rápido y como fuera. Al igual que la de Sartre, la voz de Carrillo, profunda, pausada y grave, siempre me ha hecho maliciar que en su anatomía fonadora se da un extraordinario caso de conexión entre las cuerdas vocales y las gónadas. Confesaré que una parte de aquellas largas horas las utilicé en observar al personaje. Durante el franquismo, los comunistas llevaban

impresa en el gesto la razón histórica y bajo el brazo a la clase obrera, más aquél, que desde tiempo atrás era su máxima expresión y ahora se sentaba frente a mí, parecía soportar con más benevolencia que su grey el peso de la historia. Es más, en la conversación distendida en torno al canapé o la lubina fría, que nos sirvieron allí mismo sin dejarnos salir de la sala para almorzar, mostraba un envidiable sentido del humor.

La *vieja dama*, sin invitación, hizo acto de presencia: ETA asesinó durante aquella jornada al presidente de la Diputación de Guipúzcoa. Ajuriaguerra, el veterano luchador del PNV, y Fraga, amigo personal de la víctima, se mostraron muy afectados. Era sólo el anuncio del calvario de muerte que le esperaba a la naciente democracia a manos de la violencia etarra.

Visitaba Madrid aquellos días el almirante Massera, componente de la Junta Militar argentina. El presidente Suárez había de entrevistarse con él. Tenía entonces yo un amigo torturado y preso de los militares en Buenos Aires. Estaba abocado, como tantos, a una muerte secreta segura. Aprovechando un descanso, le pedí al presidente que intercediera en su favor cerca de Massera. Lo hizo y, pocos días después, mi amigo quedó libre. Suárez se portó como lo que yo creo es: un hombre de

bien. Nunca he tenido ocasión de hacerle constar que su intervención salvó la vida de aquel hombre. Lo hago ahora.

El consenso, el acuerdo, el asentimiento general que allí se alcanzaron iba a marcar una nueva forma de hacer política en España. Auguraba una Constitución de todos y para todos. Por suerte así fue. Era una necesidad, pero también fue una virtud.



Joaquín Leguina es miembro del PSOE y escritor. Autor de las novelas 'La fiesta de los locos' y 'Tu nombre envenena mis sueños'.



Negociación de los Pactos de la Moncloa. Al fondo de la mesa aparece Leguina junto a Felipe González.

ANÁLISIS

Los Pactos de la Moncloa

Los acuerdos fueron un recurso excepcional de una sociedad que aún no disponía de los resortes ordinarios de un régimen democrático

JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO



José Luis García Delgado es catedrático de la Universidad Complutense. Actualmente es Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Que los Pactos de la Moncloa constituyen un punto nodal de la España del último tercio del siglo XX no parece que sea puesto en duda con el paso del tiempo. Se erigen, por el contrario, como una de las encrucijadas en el destino colectivo de los españoles en la centuria que —como para otros europeos mediterráneos que conocieron también su particular 98— comienza un poco antes de que el ochocientos agote su calendario. Recordar esas situaciones cruciales, con no pocas equivalencias entre sí por la coincidencia que en ellas se produce de factores políticos y económicos de especial relieve, puede ayudar a valorar más justamente lo acontecido en el otoño de 1977.

SEIS ENCRUCIJADAS PARA UN SIGLO. La primera es, claro está, el episodio finisecular citado, cuando el impacto de *el desastre* hace más llamativas las grietas del régimen canovista, al tiempo que se agravan las penurias hacendísticas y las tensiones en los precios. Veinte años después, al término de la I Guerra Mundial, el ahondamiento de la crisis de la Restauración se superpone al impacto que causa a la economía de la neutral España la pretendida vuelta a la *normalidad* en los mercados internacionales, abriéndose así una de las coyunturas más difíciles y dramáticas del novecientos. Apenas un decenio más tarde, otro imprevisible cruce de factores de diversa naturaleza marcará el momento histórico: la II República habrá de convivir desde su mismo despuntar con las repercusiones sociales y económicas de la gran depresión que, iniciada en la Bolsa neoyorquina en octubre de 1929, cruza el Atlántico un año después para demorarse luego en tierras europeas. Y, dejando aparte todo lo más directamente relacionado con la guerra civil, de nuevo al final del decenio de 1950, la crisis económica, el relevo de equipos en la alta Administración franquista y

las tensiones sociales configuran, en su simultaneidad, una situación crucial. En fin, los iniciales compases del primer Gobierno del presidente González, al filo del segundo tercio de los años ochenta, probablemente configuran otro de esos pasajes decisivos para los destinos colectivos, reciente aún la asonada de febrero de 1981 y tocando suelo entonces la crisis industrial declarada en el lustro precedente.

Con los Pactos de la Moncloa, seis encrucijadas, pues, a lo largo de este siglo que ahora se acerca a su estación final. Y en todas, además de la señalada confluencia de determinantes económicos y políticos de especial calado, se encuentran también otros elementos comunes al menos desde la perspectiva de la política económica. Así, por ejemplo, cada una de ellas concita la elaboración de amplios recetarios de problemas; en todas, también, como postulaba Hegel para la técnica, los expertos comparecen cuando se les necesita, aunque casi siempre en el plano secundario que les es más propio (el que ocuparon en algunas de las circunstancias mencionadas Flores de Lemus o Bernis o Sardá, por ejemplo); también se repite una y otra vez la temprana dilución de lo que en un primer momento se ha pretendido que sea un grupo compacto de medidas reformadoras de política económica, desparramándose en decisiones de años posteriores.

Con todo, este primer ensayo de enmarcar con perspectiva histórica los sucesos de la segunda mitad de 1977 en el amplio y nutrido fresco que ofrece el siglo XX español puede mejorarse si el estudio comparado se realiza en particular con lo acontecido en los meses centrales de 1959.

PLAN DE ESTABILIZACIÓN. PACTOS DE LA MONCLOA. No es ésta, desde luego, la primera vez que se subrayan las similares condiciones y estrategias que concurren en ambas fechas capitales



Suárez (en primer plano) conversa con Landelino Lavilla el 21 de octubre de 1977 durante las negociaciones. Sentados enfrente se ve a Solé Tura, Carrillo, Jaime Sartorius, Pérez Llorca, Sánchez Terán y Pujol.